TRES PAISAJES EN LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO*

Entre la variada flora de Machado, otro árbol recibe la autonomía de encabezar más de un poema de gran aliento: el olivo.

Si la encina se muestra como presente en todas las tierras de España, pero aposentada con manifiesta predilección en Castilla, el olivo puede considerarse como el árbol típicamente andaluz:

LOS OLIVOS

¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!
¡El campo andaluz, peinado
por el sol canicular,
de loma en loma rayado
de olivar y de olivar!
¡Son las tierras
soleadas,
anchas lomas, lueñes sierras
de olivares recamadas!

---

* Selección del fragmento de interés para el propósito del libro. A. Ch., editor.

.....
¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!
¡Olivares coloridos
de una tarde anaranjada;
olivares rebruñidos
bajo la luna argentada!
¡Olivares centellados
en las tardes cenicientas,
bajo los cielos preñados
de tormentas!...
Olivares, Dios os dé
los eneros
de aguaceros,
los agostos de agua al pie;
los vientos primaverales,
vuestras flores racimadas:
y las lluvias otoñales,
vuestras olivas moradas.
Olivar, por cien caminos,
tus olivitas irán
caminando a cien molinos.
.....
¡Venga Dios a los hogares
y a las almas de esta tierra
de olivares y olivares!

Esta tierra es la de Andalucía oriental, las tierras altas de Jaén, como puede verse en la misma poesía, con referencia a localidades bien determinadas: Baeza, Úbeda, Torreperogil, Peal de Becerro...

El libro de *Nuevas canciones (1917-1930),* predominantemente aforístico y sentencioso, en forma de coplas y gráciles cancioncillhas, se abre con un extenso

poema, *Olivo del camino,* traspasado de emoción diríamos agrícola, más que paisajística, y henchido de alusiones clásicas de la mitología grecorromana, en relación preferencial con las deidades campestres. En realidad es una paráfrasis moderna de la fábula mitológica de Deméter y Demofón, presidida por el olivo, árbol sagrado de Minerva (invocada como la sabia Atena o Atenea); quizá sobrecargado de erudición helenista:

OLIVO DEL CAMINO

Parejo de la encina castellana
crecida sobre el páramo, señero
en los campos de Córdoba la llana
que dieron su caballo al Romancero,
lejos de tus hermanos
que vela el ceño campesino –enjutos
pobladores de lomas y altozanos,
horros de sombra, grávidos de frutos–,
sin caricia de mano labradora
que limpie tu ramaje, y por olvido,
viejo olivo, del hacha leñadora,
¡cuán bello estás junto a la fuente erguido,
bajo este azul cobalto,
como un árbol silvestre, espeso y alto!

Hoy, a tu sombra, quiero
ver estos campos de mi Andalucía,
como a la vera ayer del alto Duero
la hermosa tierra de encinar veía.

Olivo solitario,
lejos del olivar, junto a la fuente,
olivo hospitalario
que das tu sombra a un hombre pensativo
y a un agua transparente,
al borde del camino que blanquea,

guarde tus ramas, viejo olivo,
la diosa de ojos glaucos, Atenea.
Busque tu rama verde el suplicante
para el templo de un dios, árbol sombrío,
Deméter jadeante
pose a tu sombra, bajo el sol de estío...
.....

Andalucía

El paisaje de Andalucía, en segundo término, ha dejado notables panoramas en la poesía de Machado. No debemos olvidar que el poeta había nacido en Sevilla, un día de julio de 1875; su conocido autorretrato lírico empieza de esta manera:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero...

Y en un soneto muy posterior, en que evoca a su padre, vuelve a surgir la memoria de aquel patio andaluz:

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. –La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio–...

Pero la Andalucía Baja de Sevilla o Córdoba deja menos huellas en los poemas machadianos que la Andalucía Alta de Jaén y las fuentes del Guadalquivir. De la primera sólo quedan lejanos y fugaces recuerdos infantiles. La segunda va unida al ejercicio del profesorado en el «instituto rural» de Baeza, en su doliente viudez de hombre maduro y en la plenitud de sus facultades creadoras. Sus lar-

gos paseos florecen en alguna cancioncilla con ritmo de *soleá:* «Campo, campo, campo. / Entre los olivos, / los cortijos blancos»... «Campo de Baeza, / soñaré contigo! cuando no te vea!».

Pero su espíritu suele evadirse de esta realidad física y volar hacia otros predios más íntimos. A pesar de reconocerse en su tierra andaluza, el pensamiento y el sentimiento siguen en Castilla.

Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

(..en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...)

Hay un contraste, intenso y repetido, entre los dos paisajes. Asciende suave y moduladamente para terminar, más de una vez, con la alusión patética:

En Córdoba, la serrana,
en Sevilla, marinera
y labradora, que tiene
hinchada, hacia el mar, la vela;
y en el ancho llano
por donde la arena sorbe
la baba del mar amargo,
hacia la fuente del Duero
mi corazón ¡Soria pura!
se tornaba... ¡Oh fronteriza
entre la tierra y la luna!
¡Alta paramera
donde corre el Duero niño,
tierra donde está su tierra!

Esta reiterada confrontación, diríamos entre la patria del cuerpo y la del espíritu, llega a madurar en uno de los mejores sonetos de la lengua castellana. catorce endecasílabos que no pueden leerse sin un profundo estremecimiento:

¿Por qué, decísme, hacia los altos llanos
huye mi corazón de esta ribera,
y en tierra labradora y marinera
suspiro por los yermos castellanos?

Nadie elige su amor. Llevóme un día
mi destino a los grises calvijares
donde ahuyenta al caer la nieve fría
las sombras de los muertos encinares.

De aquel trozo de España, alto y roquero,
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido,
una mata del áspero romero.

Mi corazón está donde ha nacido
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
¡El muro blanco y el ciprés erguido!

Julián Marías ha establecido que en la etapa soriana de la poesía de Antonio Machado lo personal, histórico y filosófico se sobrepone a la contemplación del paisaje, mientras que en Andalucía surge lo popular[1]. Lo cual es cierto si nos atenemos principalmente a la levedad y abundancia de las estrofas folklóricas en el momento andaluz, pero no tanto al comprobar la continuación de los sentimientos personales, según venimos ejemplificando.

También podemos observar algún esbozo de paisaje sin otro acompañamiento que el regusto por la sonoridad toponímica y los perfiles abruptos del

[1] *Vid.* MARíAS, J., «Antonio Machado y su interpretación poética de las cosas», ensayo recogido en el libro *Aquí y ahora* (Buenos Aires, Espasa-Calpe, Argentina, 1954. Col. Austral, n.° 1.206). Del mismo autor también se encontrarán agudas interpretaciones en torno a la poesía machadiana en el libro más reciente, *Literatura y generaciones* (Madrid. Espasa-Calpe, 1975, Col. Austral. n.° 1.578).

horizonte. Es lo que vemos en los «Apuntes para una geografía emotiva de España», compuestos a la manera de Juan de Mairena, *su alter ego,* y con gran despliegue de las formas populares del cantar andaluz:

I

¡Torreperogil!
¡Quién fuera una torre, torre del campo
del Guadalquivir!

II

Sol en los montes de Baza.
Mágina y su nube negra.
En el Aznaitín afila
su cuchillo la tormenta.

III

En Garciez
hay más sed que agua,
en Jimena, más agua que sed.

IV

¡Qué bien los nombres ponía
quien puso Sierra Morena
a esta serranía!

V

En Alicún se cantaba:
«Si la luna sale,

mejor entre los olivos
que en los espartales».

VI

Y en la Sierra de Quesada:
«Vivo en pecado mortal;
no te debiera querer;
por eso te quiero más».

Geografía emotiva: he ahí la dimensión exacta de todo paisaje machadiano, según su acertada autodefinición.

(...)

Recapitulación

Hemos realizado una rápida excursión por los tres paisajes de la poesía machadiana, íntima y recoleta, pero, a la vez, ávidamente nutrida en la contemplación de las bellezas naturales. Hemos llegado a ellos a través de una flora y unos elementos físicos, percibidos con acuidad y penetración.

Estos tres paisajes son como una síntesis lírico-amorosa de las tierras de España. Castilla - Andalucía - Valencia. Simbolizadas en tres árboles: la encina, el olivo y el naranjo. Síntesis apurada, puesto que pueden encontrarse en la poesía de Machado rasgos de otros panoramas, si bien más difuminados, y una flora muy variada, como ya vimos. Ni tampoco hay exclusión en el paradigma de los árboles, pues la encina hinca sus raíces en todo el terreno peninsular –aquella encina negra, «a medio camino de Úbeda a Baeza»–, el olivo abunda en el secano de Valencia o junto a los viñedos de la Mancha; y el naranjo o el limonero brotan asimismo entre los recuerdos sevillanos del poeta. No hay oposición, sino armonía y concordia. Sus composiciones celebran un vasto panorama que se extiende desde las fuentes del Duero a las del Guadalquivir, con un abrazo transversal, tendido de mar a mar: desde el Mediterráneo de Ulises –tentado estoy por

decir de Ulises Ferragut, pensando en el *Mare Nostrum* de Blasco Ibáñez– hasta el mar cantado por Camoens, donde Guiomar, la segunda y postrera musa del poeta, se asoma por el finisterre lusitano. Y en el centro, Madrid, mesón y compendio de todos los españoles. Así lo saludó Machado en un homenaje al escritor Grandmontagne:

En este remolino de España, rompeolas
de las cuarenta y nueve provincias españolas
(Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente)...
.....

La imagen del *rompeolas* madrileño es un hallazgo de nuestro poeta, que había de repetir en las horas amargas de la guerra civil, ante el paisaje épico de un Madrid tundido y lacerado, pero animoso y resuelto:

¡Madrid, Madrid! ¡qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarra, el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas.

Todo el paisaje de la poesía machadiana es una efusión cordial y amorosa: *geografía emotiva de España,* como él mismo gustaba repetir. Con plena justicia debemos proclamar a don Antonio Machado, por excelencia, el poeta de España.

ALBERTO SÁNCHEZ

(*El Ingenioso Hidalgo,* XIV, otoño, 1975)